

De Cesáreo, obispo de Arles desde 502, que nació en el año 469 y murió en 542, se han conservado sermones al alcance de la gran multitud y también la regla de comunidad de monjas más antigua que se conoce (1) y que escribió con el título de *Regula ad virgines* para el convento que él mismo fundó en 513 y cuya primera abadesa fue su hermana Cesárea. En estas reglas recomienda a las monjas, además de

ejercicios espirituales y de obras de misericordia, el copiar manuscritos. Como el sacerdote Vicencio, autor del *Commo-nitorium* (434), era alumno del convento de Lerin.

Claudio Mamerto (que murió en 474) fue autor de un escrito recomendable sobre el estado del alma, dirigido (por el año 470) contra la carta del obispo Fausto de Riez, publicada sin nombre de autor, que sostenía la materialidad de



Página de un sacramentario carolingio, obra hecha a mediados del siglo IX; las hojas tienen 338 milímetros de alto por 240 de ancho. El dibujo representa los diversos grados de las órdenes superiores e inferiores; en la parte superior se ven un obispo, un sacerdote y un diácono, con la inscripción: *Pontificum est proprium per ordinem honores - Quos qui suscipiunt studeant servare pudice*. En la parte inferior se ven cinco clérigos, cuyos cargos, expresados en letras de oro, son: *ostiarius, lector, subdiaconus, exorcista y acholitus*; encima de ellos se leen los versos: *Pontifices caveant domini ne mystica vident - Cumque gradus dederint videant ne munera sumant*. - Se conserva en la biblioteca del seminario de Autun.

alma. Mamerto era sacerdote de Vienne y hermano del obispo de la misma ciudad, la cual auxilió en la dirección del culto y especialmente en el canto religioso. Era persona de erudición clásica extraordinaria para aquel tiempo, siendo al propio tiempo tan poco amigo de exageraciones artísticas, que la sencillez de su estilo fue alabada hasta por su amigo Sidonio Apolinar, que por desgracia no le imitó.

Retrocediendo a fines del siglo VI merece citarse en Italia desde luego el papa Gregorio, llamado con razón el Magno y que ha sido comparado acertadamente con Casiodoro. Este quiso salvar el genio de la antigüedad, que iba decli-

(1) Ebert, tomo I, pág. 450.

nando hacia su ocaso, y Gregorio fue un escritor que abrió la era literaria de la Edad media. Era hijo de una familia patricia y senatorial y estaba destinado a la carrera civil. Por su resplandeciente talento y su fuerza de voluntad fue muy temprano pretor de la ciudad eterna; pero habiendo muerto su padre, prevaleció la influencia de su madre, cristiana devotísima, la cual, viéndose viuda, entró en un convento, y tanto excitó a su hijo a renunciar también al mundo, que Gregorio vendió su grande herencia para distribuir el dinero en limosnas y en la fundación de siete conventos, a uno de los cuales, situado en Roma, se retiró. El papa Pelagio, que probablemente había apreciado en su justo valor las dotes políticas del joven Gregorio, le envió con el título de diáco-

no romano y el cargo de embajador personal de la Santa Sede a Constantinopla, es decir, a la corte de los sutiles que al decir de Teodorico, según Casiodoro, se creían los más astutos entre los astutos. Allí, en la situación más difícil de aquella época, mostró Gregorio las dotes extraordinarias que después siendo papa (desde 590 a 604) desplegó tan brillantemente en la situación enmarañada de Italia, enfrente del emperador, del exarca, del pueblo y senado de Roma, del rey y de los duques longobardos, de los potentados francos y de los obispos de muchos países, a quienes impuso la autoridad papal, y finalmente en la conversión de paganos germánicos.

Aficionado a la vida contemplativa y dotado de una modestia sincera, resistióse mucho tiempo a ceñirse la espinosa tiara; pero el pueblo de Roma, que en otra ocasión le había impedido abandonarle para convertir a los anglo-sajones, le obligó a admitir su elevación a la silla de San Pedro, como salvador de la ciudad, diezmada a la sazón por la peste que

había llevado al sepulcro al papa Pelagio II, amenazada de una hambre general y de un ataque de los longobardos. En esta situación aceptó Gregorio, aunque enfermizo y sin fuerzas, la silla pontificia y se mostró en efecto salvador de todos los peligros. Con su ejemplo levantó el valor de los que temblaban ante la epidemia, proveyó la ciudad de trigo, apartó repetidas veces el peligro del ataque longobardo, trabajó con éxito en la conversión de este pueblo al catolicismo, dió útiles avisos a los generales imperiales y a las ciudades amenazadas y consiguió en la ciudad de Roma tan grande autoridad aun en asuntos terrenales, que más que ningún otro preparó la formación del Estado temporal de la Iglesia y la separación del obispo de Roma de la autoridad civil de Constantinopla. Fue de la mayor importancia para la historia de la civilización y en particular para la de la música su transformación de la liturgia, principalmente de la misa y del canto sagrado, que descansaba sobre las bases creadas



Vinieta de adorno que precede a una genealogía de Jesucristo, en un manuscrito irlandés del siglo VII que se conserva en Dublín en la biblioteca del Colegio de la Trinidad

por San Ambrosio (340 aproximadamente hasta 397) (1), que había adoptado de la Iglesia siria el principio anti-fónico en el canto de los himnos y salmos. Verdad es que Gregorio no hizo desaparecer el canto ambrosiano y que compuso himnos métricos por el estilo de San Ambrosio, que fueron cantados según el mismo estilo y de los cuales se han conservado siete, siendo los otros que le atribuyen espúreos; pero además organizó de nuevo y propagó el canto sencillo y firme, llamado gregoriano en memoria suya, y según el cual se cantan todos los tonos en igual proporción sin atender a ritmo y metro. Esta manera de cantar tuvo una influencia decidida sobre la composición popular de cantos laicos. Los himnos de Gregorio, entre ellos dos de la estructura de la estrofa llamada de Safo, son todavía puramente métricos (es decir, según la cantidad de sílabas, pero frecuentemente con la licencia de la aspiración) pero ya antes de él se usaban versos puramente rítmicos guiándose por el acento tónico. La rima es menos frecuente todavía en los versos de Gregorio, como en los de Sedulio (que vivió por el año 450). Gregorio fue también el fundador de la celebrísima capilla de Roma, en la cual hizo enseñar bajo su propia dirección a muchachos por lo general huérfanos de la Casa de Huérfanos, fundada por él, para formar de ellos cantores. Reunió también en el antifonario los cantos y antífonas que se usan en la misa y modificó las oraciones y sentencias que se pronuncian en la misa y que forman el sacramentario.

De sus obras hay que citar en primera línea los *Diálogos* en los cuales Gregorio refiere a un diácono, Pedro, leyendas de iglesias de santos italianos, principalmente de San Benito,

(1) Véase la excelente exposición de Ebert, tomo I, pág. 164.

y también de algunos otros poco ó nada conocidos que recogió del pueblo; y finalmente refiere también, para demostrar la inmortalidad del alma, apariciones de espíritus de difuntos. Entre ellas habla de la del mártir San Eutiquio, que anunció a un obispo el pronto fin del mundo, cuya comunicación fue seguida de señales de fuego en el cielo, del lado Norte, que fueron luego seguidas de la invasión de los longobardos. Gran influencia obtuvo una aparición en la cual uno que murió de la peste y que volvió a la vida refiere que vió un puente que pasaba sobre el infierno, que era un río negro pantanoso, encontrándose al otro lado el paraíso, donde había una casa con tejado de oro y praderas cubiertas de flores, entre las cuales se paseaban los bienaventurados vestidos de ropajes blancos. También vió cómo en el mismo puente luchaba el demonio con los ángeles por un alma y que del puente se arrojaban al abismo las almas de los condenados. Este cuento ha dado lugar a innumerables leyendas de la Edad media que tratan del cielo, del purgatorio y del infierno, pues Gregorio enseñó con gran ahínco la existencia de estos dos lugares. Del mismo modo que los *Diálogos*, se generalizó mucho un librito de Gregorio con el título de *Regula pastoris*, en el cual expone los deberes de los pastores de almas. Dedicó a Leandro de Sevilla una explicación simbólica, muy difusa y moral, del Libro de Job, en cuya obra manifiesta Gregorio como en otros escritos su desprecio de la ciencia mundana y pagana, y por lo mismo peligrosa, desprecio que le evitó caer en la retórica ampulosa de su tiempo. Sus muchas cartas (unas 850 en 14 libros), coleccionadas y ordenadas cronológicamente por él mismo, son fuentes importantes para la historia de aquellos tiempos, como también lo son algunas de sus homilías.

Mucho mérito para la historia de la Borgoña tiene la continuación de la Crónica de Próspero el Aquitano, escrita por Mario de Avenches, contemporáneo y colega de Gregorio de Tours. De estirpe distinguida romana de la comarca de Autum, nació por el año 530, fué obispo de Avenches en 574, trasladó despues la silla episcopal á Lausana, donde murió y fué sepultado en 594. Era romano en cuerpo y alma y el Estado romano era para él lo único permanente en el curso de los sucesos mundanos, pues que para la Iglesia el imperio romano era el último imperio que habia de existir hasta la vuelta de Jesucristo. Así es que Mario continua contando por gobiernos de cónsules y desde 522 contó como los bizantinos por indiciones, y no existiendo ya el imperio de Occidente desde 476 consideró á Constantinopla como continuadora de Roma. Cuenta historias de esta ciudad, para él la capital del imperio, y los cambios de reinado de los emperadores Justino II y Tiberio II le ocupan casi mas que los cambios de sus soberanos, los merovingios. Para el tiempo mas antiguo aprovecha además de los Fastos de Rávena los anales de Arles. Parece que fué un varon excelente y un obispo modelo, siendo además hábil aurífice que fabricaba con sus propias manos vasos artísticos para su iglesia (1).

En tiempo reciente la sagacidad alemana ha introducido la luz en una obra histórica notabilísima que hasta ahora ha sido atribuida sin distinguir partes á un autor semi-legendario llamado Fredigaro, y que desde fines del siglo XVI ha sido llamado Escolástico. Pues bien, se ha demostrado (2) que esta crónica está compuesta de cuatro obras distintas. Empieza con los anales borgoñones del *pagus ultrajuranus*; sigue la continuación escrita en Avenches hasta 613; á ésta el trabajo propio de Fredigaro (613 á 642) y luego viene la conclusión, escrita en 658 por un austrasiano. La expresión es tosca y el lenguaje un latin por demás bárbaro, bien que el autor, hombre muy modesto, confiesa ser un simple campesino, de inteligencia limitada; dice que el mundo se hallaba entonces en la edad senil, por cuya razón no habia ya en él la viveza de espíritu de antes, y añade: «Nadie en nuestro tiempo puede igualar á los autores de otras épocas.» En esta obra se leen las fábulas ignoradas aun por Gregorio, que desde entonces se hallan repetidas y aumentadas en todas partes, y que fueron creídas por sabios é ignorantes (3).

Es singular que ya en el siglo IV se encuentre una fábula tan anti histórica relativamente á los borgoñones en los escritos de Amiano Marcelino; solo que la ruina del reino borgoñon quitó á los inventores eruditos de aquella época todo motivo para adornar mas la fábula del origen romano de los borgoñones.

Es muy característica en los escritos entre los años 630 y 650 la separación cada vez mas visible entre la Neustria y la Borgoña (sometidas al soberano merovingio) y la Austrasia (que por otra parte se fué haciendo arnulfiga). El continuador de Gregorio hasta el año 720, es decir, el autor anónimo de los Hechos de los reyes francos (obra escrita en 727, probablemente cerca de Paris, en Saint-Denis ó Germain-des-Près), omite casi completamente la Austrasia, poco conocida y aun menos querida, y en cambio trata detalladamente de la Neustria y de los merovingios. Se supone que este autor fué un monje visigodo fugado de España por temor á los árabes, porque en sus citas de los escritos de Gregorio suprime las expresiones de éste contra los visigodos.

(1) Wattenbach, tomo I, pág. 98.

(2) Bruno Krusch: *Neues Archiv. für Geschichte-Wissenschaft*, tomo séptimo, y la edición actual en los *Monumenta*, Hanover, 1889.

(3) Wattenbach, tomo I, pág. 101, donde se halla la literatura de la fábula de Troya de los francos; Luthgen: *Die Quellen und der historische Werth der frankischen Trojasage*, Bonn, 1875; Krusch, pág. 475.

La falsa poesía de monjes eruditos que inventaron el origen troyano de los francos, prevalece tambien en la poesía sobre el disco terráqueo, que transformó en versos las partes geográficas de «las etimologías» de Isidoro y que añadió algunas fanfarronadas relativas á los francos y borgoñones, al hablar de la Galia.

Las estrofas de tres líneas son importantes para la transformación del verso y comprenden una especie de desarrollo ó mejor dicho, repetición del metro de los himnos, en las poesías de Venancio Fortunato; hay todavía cesura en los troqueos de cuatro piés, pero son mas las sílabas segun el metro y una rima final. Se supone que el autor fué Teodofrido, el primer abad de Corbie, que vivió por el año 660, que por el año 680 fué obispo (quizás de Amiens) y que compuso despues un poema igualmente toscó sobre las seis eras del mundo.

Invencción atrevida y necia es la Descripción de la Tierra escrita en prosa por Aitico, filósofo de Istria, que pretende haber traducido en la citada obra á San Jerónimo á pesar de aprovechar el escrito de Avito; siendo particularmente importantes en esta obra las fábulas del origen troyano de los francos y su descendencia de Alejandro Magno.

Algunas poesías latinas tratan tambien de la historia de su época; pero ha resultado muy errónea la suposición de que la biografía de San Droctoveo (el primer abad de Saint-Germain-des-Près) era una antigua canción popular puesta en prosa que trataba de la campaña de Childeberto I contra los visigodos, del sitio de Zaragoza y de la conquista de la estola de San Vicente. En la vida de San Faro, obispo de Meaux, hay parte de una canción histórica, y suponemos que en la descripción de la batalla de Cenon, de Isidoro de Beja (Badajoz, Cronicon 610-754), ha tenido grande influencia una canción popular que celebraba la victoria de Carlos Martel.

Mientras desaparecen por algun tiempo las letras en Italia con Gregorio Magno, en Francia con Gregorio de Tours y en España con Isidoro de Sevilla, empiezan á florecer á principios del siglo VII en Irlanda é Inglaterra (4). El irlandés San Columbano dejó algunas poesías condenando la ambición de las riquezas y de las felicidades terrenales, pero comprende entre los verdaderos tesoros de la vida, no solo las obras de piedad y misericordia, sino tambien la poesía, por supuesto la cristiana. Dos de estas poesías están escritas en exámetros, y otra, dirigida á un tal Fedolio, está escrita en versos llamados adónicos, que Columbano explica en la citada poesía á su amigo y cuya invención atribuye á Safo, lo cual le da motivo para ensalzar la poesía en general.

En el convento irlandés de Bangor, del cual habia salido San Columbano, era muy cultivada la poesía, como tambien en el convento de Bobbio, fundado por Columbano en Italia. Un antifonario de Bangor, probablemente del siglo VII, que contiene los himnos dedicados al primer abad San Comgill (que fué el maestro de San Columbano), la lista de los abades siguientes hasta Cronan, y los versos en alabanza de la comunidad de Bangor, muestra la transformación gradual de los versos antiguos en modernos, la sustitución de la cantidad silábica por el compás, y finalmente, la aparición de la rima final, ó cuando menos la concordancia de las vocales en las dos últimas ó penúltimas sílabas.

San Columbano, á pesar de ser irlandés, tuvo gran influencia en los asuntos francos; pero no sucedió lo mismo con dos anglo-sajones que en cambio adquirieron tanta importancia en la Edad media por todo el continente en el desarrollo de la poesía latina y de la historia sagrada y profana, que no pueden pasarse sus nombres en silencio. Estos anglo-sajones

(4) Ebert, tomo I, pág. 582.

fueron Aldhelmo y Beda. El primero era pariente de la familia real, nació en Wessex entre los años 640 y 660 y fué educado por el abad Adriano de Kent, compañero del fraile Teodoro de Tarso, á quien Gregorio Magno habia enviado á Inglaterra para convertir á los anglo-sajones y en cuyo país fué consagrado arzobispo de Cantorbery. En esta escuela se enseñaba tambien el griego, lengua que entonces era enseñada solo en Italia, y aun allí excepcionalmente. Despues Aldhelmo fué monje y abad en el monasterio de Malmesbury, que continuó siendo hasta el último período de la Edad media uno de los principales centros de erudición en Inglaterra (1). El papa Sergio le invitó por el año 690 á visitar á Roma, y al regresar á Inglaterra fué consagrado obispo de Salisbury, sin que por esto dejara su cargo de abad de Malmesbury, en cuyo monasterio fué enterrado en 709. Escribió en prosa y en exámetros las alabanzas de la virginidad, pero mas importantes es su carta dirigida al rey Alfredo de Norumberland, al cual comunica en ella cien enigmas en diferentes piés de verso. Tambien escribió poesías en versos latinos alterados y versos de esta clase en lengua anglo-sajona, que por desgracia se han perdido. Por esta explicación de la construcción de los versos llegó á merecer el nombre de «padre de la poesía anglo-latina.» Mas célebre fué Beda, que nació en 672 en el territorio de Weremouth, por cuyo abad Benito fué educado y tambien por otro abad, amigo del anterior, del monasterio de Jarrow, en el cual pasó Beda la mayor parte de su vida y donde tambien fué enterrado en el año 735. Se le distinguía con el sobrenombre de venerable y fué uno de los maestros de mayor influencia en la Edad media. Su obra principal, que concluyó á la edad de 59 años, es la historia eclesiástica del pueblo anglo-sajon, y comprende en cinco libros la historia de Inglaterra desde César hasta 731, en la que trata principalmente de la historia del cristianismo y de la Iglesia en aquel país.

Los muchos sueños intercalados en esta historia prueban que Beda creyó, como todo el mundo en aquella época, en los milagros y supersticiones corrientes. Una de estas visiones trata de un individuo moribundo que despues recobra la salud y refiere lo que vió su alma en la otra vida. En ella un ángel le enseñó el infierno, el purgatorio, el cielo y la lucha de los demonios con los ángeles, para apoderarse de las almas en su camino de la tierra al otro mundo, cuya leyenda fué, como el poema de Gregorio Magno, la base de muchas poesías de la Edad media. Tambien escribió una breve historia de cinco abades de los monasterios de Weremouth y de Jarrow, en cuya obra se vé que los monjes fueron los misioneros y propagadores verdaderos de la civilización, y con las historias insulsas de santos llevaron tambien á otros países y comarcas gérmenes de verdadera civilización, de ciencias, artes, industrias y toda clase de adornos y embellecimientos de la vida humana. Segun se vé en la misma obra, el abad Benito fué cinco veces á Roma, de donde se llevó á su país gran número de manuscritos, cuadros para las iglesias de los dos monasterios, vestiduras de seda para el rey y sus magnates, y obtuvo de ellos en cambio terrenos para los monasterios. De la Galia trasladó á su país albañiles y vidrieros prácticos en la construcción de ventanas para sus iglesias, y de Roma se llevó á Inglaterra al director de la escuela de canto del papa, del cual aprendieron el canto muchos monjes, entre ellos Beda, y frailes de otros conventos de Inglaterra.

Estos monjes llevaron despues sus conocimientos á Alemania, beneficio no pequeño que este último país debe á la institución monástica.

(1) Ebert, tomo I, pág. 586.

Antes de escribir la mencionada historia eclesiástica, habia escrito ya Beda la vida (en prosa y en verso) de San Cutberto, abad de Lindisfarne, y (en prosa) la de San Félix de Nola.

Beda fué el maestro de toda la Edad media, y poseía conocimientos sorprendentes matemáticos, astronómicos y cronológicos. En su obra *De temporum ratione*, que es un curso completo del cálculo del tiempo y de las fiestas (2), trata, empezando por el cálculo con los dedos, del cálculo del tiempo, de los pesos, del día, de la noche, de la semana, de los meses, de los años, de las constelaciones, de la luna, de las mareas, de las estaciones, del día bisiesto, del cálculo de nuestra era, de los métodos romanos de cálculo, del cálculo de la Pascua que usa la Iglesia, etc.; á lo cual sigue una «Crónica del mundo y de sus seis eras,» cuyo fundamento



Inicial de un *Salterio de San Agustin*, manuscrito anglo-sajon del siglo VII; las figuras nos dan á conocer el traje usado en aquel siglo (se conserva en el Museo Británico de Londres)

es la *Ciudad de Dios* de San Agustin, con un apéndice, en el cual trata de la época del Anticristo, de la vuelta de Cristo y del Juicio final. A esta Crónica se agrega el ya citado *Martirologio*, que teniendo por base los martirologios romanos, fué á su vez la base de todos los martirologios posteriores (3).

De sus demás obras hay que mencionar un breve curso del arte métrico, una poesía de los milagros de San Cutberto, algunos himnos, uno de ellos en alabanza de la monja Eteldrida, hija del rey, y una descripción del mundo. Entre sus cartas, es notable la que dirigió á su discípulo Egberto cuando éste ya era arzobispo de York.

Despues de Beda sobresalió su paisano Bonifacio, que nació por el año 680 en Inglaterra, y hecho monje y sacerdote, se propuso la conversión de los frisones. Fué despues á Roma (718), y autorizado por el papa Gregorio II, emprendió nuevamente la conversión de los frisones, de los turingios y hesseses. Consagrado en 723 obispo en Roma, fué nombrado en 745 arzobispo de Maguncia. Su fundación del monasterio de Fulda fué de la mayor importancia para la propagación de las ciencias y de la civilización de toda clase en Alemania. A este y á otros monasterios del centro de Alemania llamó Bonifacio «un grandísimo número de sacerdotes, monjes y monjas de Inglaterra.» Escribió un libro de escuela sobre las ocho partes de la oración, y tambien un curso del arte métrico como su paisano Beda, de cuya afición

(2) Ideler: *Handbuch der Chronologie*, tomo II, pág. 292.

(3) Wattenbach, tomo I, pág. 123.